

**SUSAN JANE
GILMAN**

**LA REINA
DE LOS
HELADOS**

Una mujer emprendedora que
logra construir un imperio

Traducción

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

Para

Steve Blumenthal

γ

Frank McCourt

GLOSARIO

Berajot: uno de los tratados del Talmud.

Bubeleh: «niño», o cualquier persona a la que se interpela cariñosamente.

Challah: tipo de pan trenzado que se consume en determinadas festividades judías.

Chutzpah: descaro, atrevimiento.

Gyermek: «niño» en húngaro.

Gonif: ladrón.

Kidush: oración judía que se acompaña con vino, habitualmente en una copa de plata.

Kindelah: diminutivo de *Kind*, «niño».

Kislány: «niña» en húngaro.

Knish: bollito salado similar a la empanada muy popular entre las comunidades judías.

Kreplach: especie de ravioli que acostumbra a servirse con sopa.

Kugel: platos horneados de la cocina judía que suelen hacerse con fideos o patatas.

Maideleh: diminuto cariñoso de «chica».

Meeskite: feo, referido a una persona.

Schmuck: idiota, inútil; término vulgar y despectivo.

Shtetl: en Europa del Este y Centroeuropa, antes del Holocausto, pueblo habitado predominantemente por judíos.

Tateleh: manera afectuosa de dirigirse a un niño pequeño.

Yarmulke: kipá, gorro judío.

PRIMERA PARTE

1

Solo llevábamos tres meses en América cuando me atropelló el caballo. No sé qué edad tenía exactamente. ¿Seis años? Cuando nací no había registros. Solo me acuerdo de que corría por Hester Street buscando a papá bajo un cielo descolorido, flanqueado por las azoteas y el hierro de las salidas de incendios. Los círculos de las palomas, los gritos de los vendedores ambulantes, el cacarear de las gallinas... Se oía la extraña y chirriante cantinela de un organillero. En torno a las carretillas subían grandes remolinos de polvo que hacían ondear como banderas los rótulos de las tiendas. De repente oí «clop» y rodé por el suelo. El destello de un casco duró apenas un segundo. Luego un agujonazo de dolor candente, y después nada.

El caballo que me pisoteó arrastraba un carro de helados a penique. Qué vueltas más raras da la vida, ¿eh? Si me hubiera dejado lisiada pongamos que un traperero, o un carbonero, no habría llegado nunca a ser Lillian Dunkle, como me conoce el mundo de hoy. Lo que está claro es que no habría sido nunca una leyenda.

Aun así la gente siempre da por hecho que mi fortuna se debe en exclusiva a mi marido. Hay que ver, cuánto odian los medios a sus reinas... ¡Qué rencor nos tienen! Y para prueba esa foto tan horrible que ha salido en la prensa, esa donde parezco Joan Crawford con una lavativa. ¡Qué rapidez para juzgar!

Ahora bien, queridos, una cosa os digo: el Maravillas de la Tundra con trocitos de chocolate, bolitas de colores, M&M's o cacahuete molido, al gusto. Nuestro nuevo sabor estrella, el

Nilla Rilla, en forma del mono de dibujos animados que es nuestra imagen de marca, con baño de virutas de coco y la capa secreta de crujiente de galleta. Lo habíamos lanzado pensando en cumpleaños y en el Día del Padre, pero no sé si sois conscientes de cuántas versiones se han pedido como tarta de boda. En una recepción en Syosset personalizamos uno para doscientas quince personas. Saldría en *El libro Guinness de los récords*, si se hubiera acordado Bert de la cámara de las narices.

La Torre Espolvoreada. El Everest de Menta. El Cachorro de Toffee. Todos, todos —se han vendido cada año a millones— han sido inventos míos, mis ideas. En nuestros mejores tiempos teníamos trescientas dos tiendas a lo largo y ancho del país. Revolucionamos la producción, la franquicia y el marketing. ¿Qué os pensáis, que fue casualidad? Si hasta el propio presidente Dwight D. Eisenhower me llamó «la reina del helado»... Tengo una foto firmada con él, y Mamie, claro, llena de perlas, y de caries, dándonos la mano en la Rosaleda de la Casa Blanca. Yo llevo el primer traje Chanel de mi vida, uno de un color muy parecido al del helado de frambuesa. (¡Años antes que Jackie Kennedy, por cierto!) Ahora mismo tengo nada menos que tres docenas de placas grabadas, trofeos y medallas. Un frutero de cristal tallado y hasta un cenicero conmemorativo de peltre que es una atrocidad. Me encantaría regalarlo, pero claro, ¿qué diantres haces con un regalo de la Asociación para la Investigación de la Diabetes Infantil que lleva grabado tu nombre? Y una pared entera de certificados: de la Cámara de Comercio de Carolina del Norte, de la Asociación Americana de Industriales Lácteos, de Dow Chemical... Hasta del Instituto Maharishi Mahesh Yogi de Rishikesh, la India. Se ve que a los yoguis les encanta el helado. ¡Qué cosas!

Y sin embargo ahora, al oír mi nombre, la gente solo piensa en titulares sórdidos. Un incidente aislado y transmitido en directo por la tele. Acusaciones de evasión de impuestos y un arresto, injusto para colmo, por si hace falta que os lo recuerde. Chistes sin gracia en el programa del bobo de Johnny Carson. ¿Os queréis reír? Por favor... De eso yo sé mucho.

Ayer mismo me informó mi nieto de que soy una respuesta en la última edición del Trivial Pursuit. «¡Jo, abuela, qué alucinante!», dijo. Supongo que si vives lo bastante ves de todo. En cualquier caso, esto es una caza de brujas. ¡Por Dios, pero si WPIX solo era una emisora regional! ¡Y emitimos a las siete de la mañana de un domingo! ¡Un domingo! Vale, no digo que no me hubiera tomado alguna copa, pero bueno, a ver cómo os saldría a vosotros presentar durante trece años un programa infantil...

Uy. Me estoy precipitando.

Empezaré por el principio, antes de que hubiera camiones con antenas parabólicas al otro lado de la calle, bloqueando la entrada de mi casa. Antes de nuestra campaña de «Sábado de Sundaes», y de los baticócteles sin alcohol, y del payaso Virutas. Mi punto de partida será el caluroso Lower East Side de Manhattan, con su vendedor ambulante y su carro de caballos. Un hombre orondo, sudoroso. Salvatore Dinello. El apellido estaba escrito con letras de plantilla en un lateral del carro, con pintura roja y dorada que había empezado a desconcharse. HELADOS DINELLO. La verdad es que solo quedaba él. La mayoría de los otros ya habían empezado a trabajar para los mayoristas. El señor Dinello llevaba gorra blanca y blusón marrón de tela basta, y en vez de gritar, como los otros vendedores, lo que hacía era cantar. «HE-LAA-DOS, HE-LAA-DOS...» Como un aria. Su voz de barítono se oía desde la otra punta de Hester Street, a pesar del barullo, que era increíble.

Dinello tenía helado de limón, y a veces de cereza. Parecía nieve, por su consistencia. Una vez salimos Flora y yo con el recado de comprar la cena y me gasté el dinero en una bola para cada una. La devoramos. Me acuerdo de que era de cereza y se nos puso la boca de un rojo caramelo de lo más chillón. Fue un delirio. Lo malo es que nada más terminarlo... ¡qué culpables nos sentimos! En principio los dos centavos eran para una patata. A partir de entonces hice lo posible por

mantener las distancias, aunque siempre que íbamos por Hester Street lanzaba miradas de añoranza al señor Dinello, mientras él le llenaba a un cliente el vasito de cristal con una pequeña y reluciente montaña. El cliente lamía el vasito hasta dejarlo limpio y se lo devolvía al señor Dinello, que lo aclaraba en un cubo de zinc colgado en la parte trasera del carro. Usaba el mismo vaso para todos. Entonces era así.

Mi familia desembarcó sin un solo penique, pero bueno, ya me diréis quién los tenía entonces. Los que llegaban con dinero a América..., son historias sin ningún interés. ¿Que tu hermano mayor, lord Fulano de Tal, heredó todo el patrimonio de la familia y te viste obligado a hacer fortuna en el Nuevo Mundo? Por favor. No me hagas perder el tiempo con pamplinas.

Cuando tuve el accidente vivíamos en una casa de vecinos de Orchard Street, en un tercero interior. Le pagábamos dos dólares por semana a un sastre que se llamaba Lefkowitz, y él nos dejaba dormir en la sala de estar. Mamá esparcía los cojines del sofá sobre dos cajas de madera que crujían mucho. De día trabajaba para el señor Lefkowitz, cortando patrones en la habitación de delante con dos mujeres más, entre nubes de fibras.

También papá, cuando no estaba en la calle, trabajaba para el señor Lefkowitz. Planchaba camisas con una plancha de hierro muy pesada, calentada en el fogón de la cocina. Cuando el metal caliente silbaba al tocar el algodón, olía a vainilla quemada. Era un olor que me encantaba, y que años después traté de recrear en nuestro laboratorio.

Mis padres trabajaban a dos metros el uno del otro, pero no se hablaban.

Es que no habían pensado para nada acabar en América.

La noche en que huimos de Vishnev, nuestra aldea, mi madre me cosió doscientos rublos en el forro del abrigo. Una parte eran ahorros suyos, y el resto se lo había enviado su hermano, mi tío Hiram, de Sudáfrica. Mamá me hizo un bolsillito

secreto justo debajo de la axila; se pinchó dos veces con la aguja de tanto como le temblaban las manos. Habíamos oído demasiadas historias de familias que al viajar en carronato acababan en una cuneta a merced de los cosacos, después de que se lo robaran todo. La semana antes de que nos fuéramos, mamá no quiso que ninguna de las hermanas nos laváramos, para no estar demasiado apetecibles. El abrigo gris de lana que llevaba yo había sido de Bella, y luego de Rose, y luego de Flora. (Por lo visto, al único que le tocaba ropa nueva era a Samuel, cuando aún estaba vivo.) La lana estaba tan gastada que lo de ser un abrigo era más teórico que práctico. «¿Quién quieres que se fije en un andrajo así? —razonaba mi madre—. ¿Quién quieres que se lleve a una niña pequeña con una carita como la tuya?»

Yo era el bebé de la familia, la más pequeña de todo nuestro *shtetl*. Había nacido después de los tumultos, después de que tapasen las casas saqueadas con tablones, después de que barriesen las esquirlas de cristal quemado y de que restregasen con vinagre las manchas de sangre de los suelos de madera. Mientras los demás vagaban en estado de *shock* por Vishnev como fantasmas, yo rasgaba el silencio como solo es capaz de hacerlo un bebé feliz, ajeno a todo.

Hacía piruetas, berreaba y me reía, sin acordarme de taparme la boca como me había dicho mamá. Al pasear por el jardín me inventaba cancioncillas sin ton ni son, con notas que salían de mi boca como el gas de los refrescos. Me acuerdo de dos: «La rana en el pozo» y «Me encantan los pollos». No podía parar de cantar. Era tan natural como balancear las piernas en los taburetes.

Curiosidad también tenía, qué se le va a hacer...

—Mamá, ¿por qué nos quemaron el establo? —preguntaba con voz cristalina—. ¿Por qué le falta un brazo a Sol? ¿Por qué no tiene padres Etta?

Mi madre era una mujer de formas rotundas y facciones duras, castigadas, cuyo pelo se había cubierto de canas prematuramente.

—Esto lo has hecho tú —decía señalando cada cana.

Tenía unas manos enormes y huesudas que amasaban a porrazos la pasta de los *kreplachs* y arrancaban plumas sanguinolentas de pollos que no se dejaban desplumar; manos que traían grandes barreños de agua del pozo, y que después de restregarnos bien a todas las hermanas hacían lo propio con nuestra ropa y la de cama, hasta dejarlo todo, cada viernes por la tarde, en un estado despiadado de pureza.

Y esas mismas manos no tardaban ni un segundo en caer sobre mí para darme el sopapo más grande de mi vida. En poco tiempo parecía que por el mero hecho de abrir la boca se me estampasen las manos en la oreja, o me hicieran un gran «¡plas!» en la espalda acompañado por: «Ya te dije que basta, Malka», o «No seas tan listilla, Malka», o simplemente «¡Pero habrase visto!». Los viernes, en la sinagoga, mamá me señalaba a las demás mujeres y decía ceñuda, con tono de reproche: «Qué boca tiene esa... Solo nos dará problemas».

De nuestra salida de Rusia guardo como único recuerdo estar estirada en un vagón bajo un montón de coles. Mamá me había puesto el triste abrigo de lana como si fuera una armadura. «Si alguien te echa mano al bolsillo, pégale el grito más grande de su vida, nenita. No dejes que se acerque nadie al abrigo, ni siquiera papá, ¿lo has entendido?»

Asentí. Mi madre casi nunca me llamaba «nenita». Me sentí más especial que de costumbre, pero al cabo de un rato, al acabar de arreglarme el cuello, ella se puso seria.

—Con una cara así nunca se casarán contigo —dijo—. Al menos puedes hacer que sirva de algo esa bocaza.

En los puestos de control había hombres con linternas que nos mangoneaban de un lado para otro, susurrando con rabia. Yo me imaginaba que habría ladrones y cosacos a punto de salir de cualquier bosque, y me pasaba el día agarrada al abrigo mientras practicaba mentalmente un grito como no se había oído jamás en ningún lugar del mundo. La verdad, sin embargo, es que con toda la exigua fortuna de mi familia al lado de mi axila no me atrevía a cantar ni a tararear, ni tan siquiera a hablar en voz alta.

Al final –tras varios días o semanas– llegamos a Hamburgo y esperamos en unos bancos del centro de acogida del Hilfsverein, una fundación humanitaria. Tengo un vago recuerdo de dormitorios y de pasillos deprimentes e infinitos. Caos asfixiante. Angustia. ¡Y esa peste a humanidad! Todos con actitud de mendigos, y tratados como tales. Una cosa os digo: en Vermont, ahora mismo, me consta que hay vacas lecheras a las que tratan mejor. Y no me hagáis seguir.

Una tarde, mi padre volvió a nuestro banco con un papel con varios matasellos.

–Ven –me ordenó mi madre.

Entró conmigo en el retrete y echó el pestillo. La peste era insoportable.

–Estira los brazos.

Me quitó el abrigo rasposo y cubierto de polvo, a la vez que lo palpaba. Ya no estaban los rublos. Me habían robado mientras dormía.

Mamá, sin embargo, hurgó a fondo en el relleno y al final sacó los billetes, húmedos y arrugados. Yo exhalé, orgullosa, mientras ella los contaba varias veces.

–¿Qué pasa? –Me miró con dureza–. ¿Quieres que aplauda cada día al sol por salir?

Después abrió la puerta y me indicó por señas que fuera al patio. Se oían risotadas de otros niños.

–Vete. –Suspiró–. Ya puedes armar todo el jaleo que quieras.

Nuestro plan era zarpar para Ciudad del Cabo. El tío Hiram tenía una tienda de confecciones en el Transvaal con unos primos de Vilna. Por lo visto, era un hombre muy religioso. Antes de los pogromos había estudiado para ser rabino. Yo no lo conocía, pero según Bella olía a cebolla hervida, y según Rose tenía un tic en el ojo izquierdo que era como si te lo guiñase sin parar. A papá no parecía caerle demasiado bien; se refería a él como «el tontaina ese», pero el tío Hiram nos escribía cartas y tenía el detalle de mandar dinero. «Venid a Sudáfrica. Dios mediante podremos darte trabajo de contable, y a Tillie de dependienta. Oportunidades hay de sobra.»

Ciudad del Cabo, Ciudad del Cabo... Resonaba todo el rato en mi cabeza. Hoy en día hay atlas, televisores, bibliotecas, pero cuando yo era pequeña no había un solo globo terráqueo o mapa en nuestro *shtetl*. Tampoco mis hermanas tenían libros de texto. ¿Dónde estaba aquello de «Sudáfrica»? Nadie lo sabía. Al final, cuando mi familia fue a las oficinas de la naviera con los papeles y los ahorros de toda nuestra vida —nuestros preciosos rublos y rands cambiados a un tipo exorbitante por marcos alemanes, mientras mamá despotricaba contra los *gonifs* prusianos—, un hombre nos llevó a ver un mapa gigante y descolorido que estaba colgado en la pared, y fue la primera vez que vi el ancho mundo: un mosaico de manchas y de garabatos ensuciado por los dedos de miles de vendedores e inmigrantes. Lo azul claro era «mar» y lo rosa claro «tierra». Los «países» tenían contornos verde lima. Señaló una estrella roja desleída en el centro del mapa, y explicó: «Eso es Hamburgo». Acto seguido bajó con el dedo hasta un redondel pequeño y negro, justo encima de la base: «Y esto de aquí es Ciudad del Cabo».

—¿Es adonde va usted? —preguntó papá.

El hombre puso cara de sorpresa.

—No, no, yo voy a América —dijo con un punto de orgullo, y señaló otro lugar que parecía estar aún más lejos que Sudáfrica, aunque a la misma altura que Hamburgo—: Milwaukee.

América: Milwaukee. Nueva York. Pittsburgh. Chicago. Nombres que oíamos pronunciar con reverencia religiosa desde que habíamos llegado al centro de procesamiento. A-mé-ri-ca. «La medina dorada», la llamaban algunos judíos, embelesados al hablar de pavimentos de oro macizo y ríos de leche y miel. Las propias navieras ponían grandes anuncios en que se escenificaban lujosas fiestas a bordo de sus barcos, cuyo pasaje tenía por destino una bandera americana desplegada sobre una cascada de monedas de oro. Circularon folletos. Por lo visto, éramos los únicos que no íbamos a «A-mé-ri-ca».

—Te dan tierras gratis —dijo alguien.

—Mi hermana me ha escrito que hay árboles de los que llueven las manzanas —dijo otro—. Vive en un sitio que se llama Connecticut.

—Bajas del barco y te contratan enseguida —nos informó otra persona—. En un año te haces rico.

Mi madre, sin embargo, dictaminó que eran simples disparates, ilusiones.

—¡Qué sabrán todos estos locos! —dijo con sorna—. ¿Desde cuándo hay gente que no tiene que trabajar? Parecen idiotas enamorados.

Seis billetes recién adquiridos a Ciudad del Cabo acabaron doblados y metidos con cuidado en el bolsillo secreto del forro de mi abrigo. Me había convertido en el billetero de la familia.

Ciudad del Cabo, Ciudad del Cabo...

Tres días antes de zarpar, mi hermana Rose, que a mi modo de ver era una llorona, se despertó gritando. Estaba siempre pálida, temblando, quejándose de nervios en la barriga, de que le salían sarpullidos por culpa del sol, de que era de constitución delicada... Era mayor que yo y primorosa como la porcelana china. Yo no entendía su insistencia en llamar siempre la atención.

—Mamá —gimoteó, torciendo la cabeza con gestos de pánico—, no veo nada. Está todo borroso.

En cuestión de horas tampoco podían abrir los ojos Bella, Flora ni mi madre. Intentaron disimularlo haciéndose las resfriadas y tapándose la frente con el chal, pero sus párpados rosados supuraban una costra brillante. Iban como almas en pena, bizqueando y tropezando. Rose gemía. Flora lloraba. Los otros emigrantes del centro se apartaron enseguida de nosotros en los bancos. Daban grandes rodeos para no acercarse, y es posible que alguno se chivara. Eran capaces de eso. Aparecieron funcionarios de inmigración y se llevaron enseguida a mi madre y mis hermanas para ponerlas en cuarentena.

—Conjuntivitis —explicó el médico.

Tacharon nuestros nombres de la lista de pasajeros.

—Está prohibido embarcar con enfermedades contagiosas —informó el encargado a mi padre—. Ya debería saberlo.

Mi padre lo miró fijamente.

—¿Y qué quiere que hagamos? —dijo—. Seis billetes. Hemos pagado por ellos todo lo que teníamos.

—Podrá cambiarlos en cuanto se mejore su familia, señor Treynovsky. Más adelante zarpan otros barcos para Ciudad del Cabo. Hasta entonces... —El encargado señaló los bancos llenos de gente—. Esperen.

—¿Cuánto? —preguntó mi padre, desquiciado.

El encargado se encogió de hombros.

Papá solo encontró algo de sitio en el suelo, al lado de la pared. Se dejó caer conmigo en la mugre, mientras se mordisqueaba el labio inferior con la mirada fija. Me constaba que nos quedaban nada más que unos marcos, lo justo para comer una semana. Estaban en mi bolsillo, con los billetes.

—Papá, ¿cuánto tardará en ponerse bien mamá? —pregunté.

Dio un respingo. Siempre ponía cara de sorpresa cuando lo llamaba «papá». Con cuatro mujeres en casa, parecía que a veces le costara ubicarme. En Vishnev, por lo que yo tenía entendido, había sido una especie de vendedor ambulante, un feriante o chatarrero que se pasaba el día colocando mercancía por los pueblos. En el carro nunca llevaba lo mismo. Una semana podía tener cazuelas, otra pepinos, otra lana... A menudo se ausentaba semanas enteras. El día de mi nacimiento papá no estaba en casa; tampoco durante el pogromo, lo cual seguramente le salvó la vida. Aun así, en sus frecuentes discusiones conyugales, mi madre siempre tenía a punto el mismo reproche, que gritaba encendida de rabia: si hubiera estado en casa, quizá hubiera salvado a mi abuelo. Si hubiera estado para defendernos, quizá no hubieran quemado nuestro establo. ¿Cómo iba a defender ella sola a toda una familia, a ver? De hecho —insistía a menudo, cada vez más histérica—, si mi padre se quedara un poco más en casa quizá ella tuviera un varón, y no cuatro hijas que de nada servían.

—¡Fíjate, aquí solo hay cuatro bocas que alimentar, y que casar! —exclamaba—. Pero bueno, qué esperas, si casi nunca estás... ¿Cómo iba a arraigar un niño?

Era como si mi madre se hubiera dedicado a acumular reproches desde el día de su boda, al modo de una dote inversa.

Siempre que oía semejante letanía de desgracias, mi padre suspiraba y levantaba las manos.

—¿Qué quieres que haga, Tillie? ¿Tengo yo pinta de Dios?

Ahora que estaba a mi lado, en el centro de acogida, me pareció una obra de arte. Era la primera vez que lo veía tan cerca y a plena luz del día. Su fama de hombre extremadamente guapo se había extendido por todos los asentamientos judíos de Rusia. Vi que tenía los pómulos marcados, de una agradable simetría, y unas pestañas largas como pétalos. Parecía respirar con todo el cuerpo mientras lo observaba, sobrecogida por la musculosa solidez de su presencia, con su chaqueta oscura y el recio pelo anaranjado que se le rizaba por debajo de la gorra. Mi papá. Nunca lo había tenido en exclusiva para mí.

Estiré su abrigo.

—Papá, ¿se van a quedar ciegas mamá y Rose? ¿Y Flora y Bella?

Negó con la cabeza, suspirando.

—¿Cómo es ser ciego, papá? —pregunté mientras se me iban calentando las palabras en la boca—. ¿Cuando alguien está ciego aún puede comer? ¿Con cuchara o solo con las manos? ¿Les dejan tomar sopa?

Él se rio un poco, sin alegría, y después se levantó. Sus ojos oscuros, de un gris de tempestad, nunca se fijaban mucho tiempo en nada. Mi madre se quejaba con frecuencia de que era demasiado inquieto y que eso no le sentaba bien. Hasta en la mesa del sabbat movía la pierna sin parar y tamborileaba con los dedos en la mesa. A diferencia de otros padres, que podían quedarse varias horas encorvados sobre la Torá, él desistía a los pocos minutos de estudiarla y se iba en busca de algo que arreglar o que vender. Era uno de los pocos hombres de Vishnev que llevaba la barba recortada, y se ladeaba el gorro en la cabeza con desenfado.

Mientras se desperezaba contempló el caos del centro de acogida, lleno de llanto de bebés y reprimendas de sus padres, y silbó entre dientes una larga nota.

—*Kindeleh* —dijo, pero no a mí, sino al aire de encima de mi cabeza—, ¿qué te parece si salimos a dar un paseo? —Me tendió

la mano. Tenía unos callos lisos como almendras peladas—. Vamos a explorar un poco, ¿vale?

Salimos juntos, él con su abrigo negro y su oscuro sombrero de plato, y yo a su lado, diminuta, una niña pequeña vestida como todos los niños de la época, al modo de una adulta en miniatura: falda larga y gastada, pequeño chal de ganchillo y mi horrendo abrigo gris.

Salimos a las calles arboladas de lo que era entonces la joya del imperio alemán, el tercer puerto más grande del mundo.

Hamburgo estaba entreverada de canales y llena de cafés a la orilla del lago. Sus delicados campanarios se clavaban en el cielo como alfileres de sombrero. Había casas de entramado de madera y cuatro plantas, con rojas cascadas de geranios frente a sus ventanas de cristales ondulados. ¡Qué hermoso derroche!

Nuestros pasos nos llevaron a una plaza, un jardín vallado con encaje de hierro, una fuente recubierta de ángeles, edificios con soportales... Como es lógico, yo nunca había visto nada ni remotamente parecido. Tampoco papá, a pesar de sus viajes. Antes de llegar a Hamburgo nadie de nuestra familia había visto un retrete interior, ni un tranvía, ni una farola eléctrica. Hasta la sinagoga de nuestro *shtetl* se iluminaba con velas y linternas.

Estábamos en pleno barrio de Neustadt.

—No está mal, ¿eh? —dijo él, contemplando la torre del Rathaus.

La usó como una especie de brújula para orientarse por las calles.

—Mira, papá.

Nos quedábamos pasmados frente a los escaparates de las pastelerías y las panaderías, de las tiendas de tejidos, de jabones, de ungüentos, y de las fuentes de porcelana que en los anaqueles rebosaban de pastillas de menta y frutas glaseadas. De repente mi mundo se había pintado de color. En una ancha avenida había una entrada majestuosa con rutilantes imágenes a ambos lados. Papá se detuvo y se echó el gorro hacia atrás.

—¿Quién construye estas cosas? —dijo, admirado.

No entendimos los carteles, por supuesto, ni el idioma de la marquesina, pero fuimos sensibles a su atractivo y a la invitación visual, sensibles a la tentación que nos brindaban. Ya atardecía. Debajo de la marquesina había una caseta con una ventanilla, pero nadie dentro. Al lado, unos ladrillos impedían que se cerrase una puerta.

—¿Puedo? —susurré.

Papá me guio hacia dentro por los hombros.

Nos encontramos en un suntuoso vestíbulo tapizado de terciopelo rojo. Se oía música detrás de una cortina alta. En el silencio implícito me atreví a dar un paso a través de la rendija de terciopelo. Estábamos al fondo de un pasillo oscuro como un túnel, lleno de volutas perezosas de humo blanco. En la pared de enfrente bailaban dos personas, en un blanco y negro trémulo; estaban vivas, pero no lo estaban: eran el colofón de un largo haz de polvo luminoso. Yo tenía la edad justa para saber que estaba viendo una fotografía, pero que no lo era del todo; era una imagen animada a base de luz y velocidad. Apreté la mano de papá. Ante nosotros parpadeaba un vasto mundo nuevo. Vi evolucionar, estupefacta, a dos desconocidos de rara y deslumbrante ropa por salas llenas de sillones con antimacasares, lámparas eléctricas de líneas curvas y un piano de cola voluptuoso. Una mujer con aires de sílfide, labios oscuros y vestido reluciente se desvanecía en un sofá. En ese instante tuve ganas de ser ella.

Justo entonces se posó en mi hombro una mano pesada y desconocida, y un hombre empezó a susurrarle algo a papá con voz sibilante de ira. Sus palabras no necesitaban traducción.

—¡Pft!

Mi padre respondió con una risa despectiva. Aun así me tomó de la mano y se apresuró a sacarme de nuevo a la calle.

—Gentil asqueroso —dijo mientras tiraba un resto de puro a la alcantarilla. Hasta entonces yo no sabía que mi padre fumase—. Pero bueno, qué más da. —Aplastó la colilla con el

pie, y me dedicó un guiño deliciosamente cómplice—. Cosas que ver las hay de sobra, ¿verdad, *kindeleh*?

De vuelta al albergue de inmigrantes papá les describió a los otros hombres lo que habíamos visto. Al ser yo demasiado pequeña para que me dejaran sola, me había metido de tapadillo en el dormitorio masculino, donde me dejé en su camastro, en un rincón, y todos me olvidaron enseguida. Se parecía un poco a estar en la sinagoga. La mayoría de los hombres llevaban puesta la gorra o la *yarmulke* y estaban encorvados sobre libros de oración. Varios de ellos, de espaldas contra la pared, tenían los ojos cerrados. Al fondo, papá tenía un grupo de amigos que parecían formar parte de un club especial. Sus gorros y chaquetas estaban tirados por el suelo. Flotaba en el aire un humo claro de tabaco. Algunos repartían cartas y se pasaban una petaca. Papá estaba sentado en un taburete, con las piernas estiradas, el cuello de la camisa desabrochado y las mangas enrolladas. Se le veía mucho más jovial que en casa, campechano, dominante, sentado como un pequeño zar en el centro del grupo y repartiendo palmadas en la espalda, cigarrillos y consejos.

—Lo que habéis visto hoy es el *cinematógrafo* —dijo un hombre corpulento y con marcas de viruela en las mejillas, que temblaban cada vez que estampaba una de sus cartas sobre un taburete. A su alrededor olía a lana mojada, humo y cebollas medio podridas—. Viene de América.

—Sigue mirándolo, Herschel —dijo un individuo esmirriado que dio a mi padre una palmada en la espalda—, que en tres semanas saldré yo.

Papá soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? —insistió el esmirriado—. ¿Qué te crees, que me voy a América para seguir haciendo de sastre? Allí se puede ser lo que se quiera.

—Por lo que me han dicho, en África no hay muchos cinematógrafos, Hersch. —El de las marcas de viruela sonrió, burión—. Me gustaría saber a qué judío se le ocurre viajar de

Rusia a África. Como si no fuera bastante habernos pasado cuarenta años dando vueltas por el desierto... ¿Quieres volver a por cuarenta más?

—¿No tienes bastante con los cosacos? —se burló otro hombre que llevaba roto su abrigo marrón.

Mi padre se levantó de un salto, apartó la silla de una patada y le hizo señas.

—Ya veo que estás hecho todo un triunfador, Yossi. —Se remangó y adoptó una postura con los puños en alto—. Amigos... —Sonrió magnánimo—. ¿Quién quiere apostar?

Se rieron todos, displicentes. Mi padre se echó encima de Yossi y empezó a darle puñetazos. Hubo un brusco estallido de gritos y ovaciones. Se cayeron varios taburetes. Vi que papá le daba a alguien un tortazo en la cabeza. Luego el del abrigo marrón le pasó un brazo por el cuello.

—¡Papá! —grité.

Todos se giraron a mirarme.

—¡Parad! ¡No le hagáis daño a mi papá!

Se echaron a reír, incluido mi padre, y yo a llorar.

—Ya habéis asustado a la niña —dijo alguien—. Muy bonito. El del abrigo marrón roto soltó a papá y se apartó.

—Te ha salvado tu hijita, Hersch. Suerte que tienes, perdedor. Papá me miró.

—Solo estábamos jugando, *kindeleh*.

Me corrían lágrimas por la cara.

—¡Papá —lloriqueé—, no quiero que te mueras!

Soltó una risita incrédula.

—Aquí no va a morirse nadie.

Como no se me pasaba movió la cabeza.

—Ven aquí.

Yo me resistía a ir con él entre tantos grandullones desgarbados, pero papá tendió los brazos, se puso de rodillas y me alborotó el pelo. Su abrazo me sentó de maravilla.

Pidió por señas la petaca, y después de beber se limpió la boca con el dorso de la muñeca. Su mano derecha tomó con firmeza la mía.

—Cierra el puño —me ordenó.

Alguien se rio. Los hombres habían formado un semi-círculo a nuestro alrededor. Algunos tenían los dientes podridos y un aliento de col agria. Intenté ignorar sus miradas.

—Más fuerte —me indicó papá—. Como una piedra. Así. Bien. Ahora el otro. Muy bien. Déjalos así.

Me hizo adoptar una postura con los puños cerca del pecho.

—Adelanta esta pierna para equilibrar mejor el peso. —Levantó la palma de la mano—. Ahora, cuando cuente hasta tres me das un puñetazo con la derecha. Lo más fuerte que puedas, ¿vale? Date impulso con el hombro, no con la muñeca, ¿de acuerdo? —Hizo una demostración con su puño—. Así.

Yo lo miré, no muy segura. Después me miré el puño, que parecía un caracol.

—¿No dolerá?

Mi padre sonrió y negó con la cabeza.

—Lo más fuerte que puedas. —El del abrigo marrón se rio entre dientes. Traté de imaginar el fuerte impacto de mi puño en la palma de papá, y de tener presente que el impulso tenía que darlo con el hombro. Recé por que no doliese—. Uno, dos, tres —dijo mi padre.

Estampé con todas mis fuerzas mi puño en su mano. El sonido fue como una pequeña palmada.

—¡Ay! —exclamó alguien, aunque no pareció que el puñetazo tuviera el menor efecto en mi padre.

—Otra vez —me ordenó—. Más fuerte.

—¿Qué haces, Hersch?

—Chis —dijo mi padre—. ¿Por qué no va a aprender? Otra vez —ordenó.

Repetí el golpe.

—Más fuerte. —Mi padre levantó la otra mano—. Ahora pégame con la izquierda.

Le pegué con la izquierda.

—Ahora con la derecha.

Le pegué con la derecha. Seguí haciendo lo que me decía. A cada golpe se volvía un poco más fuerte el ruido del impacto.

Pronto algunos de los hombres salmodiaron con papá «¡derecha! ¡izquierda! ¡derecha! ¡izquierda! ¡derecha!», mientras yo le pegaba en la mano lo más deprisa y lo más fuerte que podía. Tenía la cara caliente y me achicharraba dentro del abrigo, pero seguí pegando. Me sentía fuerte, y mayor, parecía que se me estuvieran hinchando los brazos y los puños, convertidos en pequeños martillos. Cada nuevo golpe hacía sonreír de oreja a oreja a mi padre, como si mis puñetazos le infundiesen un oxígeno que hacía arder con más fuerza su luz interna.

—Así me gusta —dijo riéndose.

Yo sentía su atención como si fuera amor líquido, como si me vertieran encima manzanas y miel. El hombre de las marcas de viruela en la cara se puso los dedos en la boca y silbó. Otros se pasaban la petaca y lo miraban todo, repantingados.

—Menudo espectáculo, ¿eh? Herschel se ha encontrado una *maidelah* peleona.

—Tiene un don, Hersch.

—¡No como su padre!

—¡Esperad unos años —dijo alborozado mi padre—, que os tendrá contra las cuerdas a todos, pandilla de *schmucks!*

Al decirlo se giró para sonreírles y por un instante se olvidó de mantener la palma levantada. Mi puñetazo hizo «¡paf!» justo en un lado de su mandíbula.

—¡Ay! —exclamó.

Qué mal rato pasé... En cambio los hombres se reían. Papá se incorporó, tambaleándose, y levantó mi pequeño puño.

—Bueno, ya está bien. —Bebió de la petaca—. ¿Quién quiere hacer sus apuestas? —Me apretó un poco la mano. Su aliento era dulce, con olor a humo—. ¿Quién es el siguiente que se enfrenta con ella?

Se me echó a la espalda. La habitación se convirtió en un torbellino de colores y sonidos.

—Llévala a América, Hersch —dijo alguien—. Que salga en eso que habéis visto de las fotos que se mueven.

—No, qué va; si te vas para África guárdatela, Hersch, que la necesitarás. Para protegerte.

Al día siguiente, por el contrario, papá se levantó menos hablador de lo normal. En el comedor todos los emigrantes se sentaban en la misma mesa. El desayuno consistía en un trozo de pan. A los niños también nos daban media taza de leche caliente. Papá y yo nos apretamos en el banco, que se tambaleaba.

—¡Pero qué calles hay en América! —dijo alguien con gran entusiasmo—. ¡Me ha escrito mi cuñado que son lo nunca visto, con torres de oro brillante que llegan hasta el cielo y están tan decoradas como los rollos de la Torá!

»¡Dicen que en las plazas hay fuentes donde no se bebe agua, sino leche!

»¡En América la gente come cada día ollas grandes de estofado de buey con zanahorias y eneldo, todo bien rehogado en salsa!

Ni papá ni yo dijimos nada. Mastiqué pensando sin parar en la mujer del vestido oscuro y brillante a quien había visto bailar en aquella pared, e imaginándome que era ella. Pensaba en las tiendas que habíamos visto, repletas de porcelana y sedas, en las boticas con tarros relucientes de pastillas de menta y cera para el pelo, en el teatro de terciopelo rojo con balastradas de filigrana y puerta dorada... Luego pensé en mamá, papá, mis tres hermanas y yo, errando cuarenta años por el desierto.

Papá casi no me hacía caso. Tamborileaba sin parar en la mesa, mientras lanzaba miradas distraídas. En cuanto me acabé la leche me quitó el vaso de hojalata y lo dejó bruscamente sobre la mesa.

—Quédate aquí y pórtate bien —me ordenó—. Papá vuelve enseguida.

«Vuelve enseguida» se tradujo en tres horas, que acabaron siendo cuatro. Jugué con algunos de los otros niños del patio, hasta que sus madres cayeron en la cuenta de que era hija de la familia en cuarentena. Entonces me senté en un banco y canté sola. Me inventé una canción que se llamaba «Esperando

en el banco». Al final, cuando volvió papá, ya era casi la hora de cenar.

Al día siguiente igual, y al otro también. Me puse nerviosa, irritable.

—Hoy —me dijo al final papá después del desayuno— vas a acompañarme a dar a otro paseo, ¿vale? Tengo cosas especiales que hacer.

Al volver a las majestuosas calles de Hamburgo, papá se puso a caminar tan deprisa que parecía que se hubiera olvidado de mí. Me costó no quedarme rezagada. Tropecé un par de veces por culpa de los zapatos, que estaban muy gastados y me iban grandes. Papá estudiaba todos los escaparates e iba mirando un papelito que tenía en la mano. Apenas tuve tiempo de mirar la botica, la carnicería y la panadería. Al pasar por la tienda de las pastillas de menta le rogué que parase en el escaparate.

—No tenemos tiempo —replicó. Aun así pareció que se lo pensara. Dio media vuelta, se puso de rodillas y me miró a los ojos—. Malka, ¿te apetece algo dulce de comer?

Era una idea tan tentadora que lo único que pude hacer fue tragarme una bocanada de aire.

Entramos en la tienda como quien entra en un templo. El interior estaba perfumado por un olor dulce, de horno y mantequilla, tan delicioso que me mareó. Había una vitrina de cristal muy decorada que iba desde la entrada hasta el fondo de la tienda. Dentro, en bandejas de plata, se exponían montañas de joyas de chocolate. Algunas tenían avellanas incrustadas, otras, forma de camafeos, óvalos y cuadrados relucientes y biselados. Junto a temblorosas y brillantes medias lunas de gelatina roja, verde y naranja, se alineaban pastelitos escarchados de color rosa y marrón, con varias capas de mermelada. Yo estaba hipnotizada. La mujer de detrás del mostrador nos miraba con suspicacia.

—¿Qué te apetece, *kindeleh*? —dijo mi padre.

Aparté la vista de la vitrina para mirarlo.

—¿Puede ser cualquier cosa?

La dependienta aspiró por la nariz, mientras su boca formaba dos paréntesis de desaprobación.

—Lo que quieras. —Papá la ignoró ex profeso—. Elige tú.

La decisión fue una agonía deliciosa. Mis dedos se deslizaban de un dulce a otro. Al final, medio mareada por las posibilidades (y percibiendo que papá se impacientaba), me decidí por el más grande que encontré, un bloque trenzado de color marrón oscuro. Papá levantó el dedo e hizo una señal con la cabeza a la mujer.

La dependienta usó pinzas de plata para sacar la barra de la vitrina y la envolvió a la perfección con una película de papel blanco. Solo cuando fue al final del mostrador, donde había una máquina llena de adornos, presionó una serie de botones y anunció «*Fünf*», caí en la cuenta de que teníamos que pagar.

Antes de que pudiera preguntarle a papá qué hacíamos, se puso de rodillas y se quitó uno de sus zapatos destrozados para sacar un billete húmedo de debajo de la plantilla. Se lo dio a la mujer como si fuera lo más normal del mundo, y ella a cambio le entregó la barrita y un puñado de monedas, aunque sus ojos, fijos en él, eran como dos balas.

—Ven, *kindeleh* —dijo él rápidamente.

—Papá —dije mientras me sacaba de la tienda a empujones—, ¿has encontrado más dinero?

—Tu papá siempre encuentra más dinero —dijo él con orgullo—. Siempre que haya cartas. —Desenvolvió la chocolatina y me la dio—. Venga, come.

El baño de chocolate era fino. Al primer mordisco se partió la cáscara y salió una mantequilla roja que se pegó a mi paladar. Yo no tenía ni idea de qué estaba comiendo, pero era milagroso. Y tenía tanta hambre...

Papá me miró un momento con indulgencia. Después carraspeó.

—Ahora tú y yo tenemos unos cuantos secretos, ¿eh, Malka? —Sonreía.

Asentí con vigor, pese a tener la boca llena. No se me pasó por alto que solo a mí se me había permitido pasearme con él por las calles de Hamburgo. Solo a mí me había permitido pasar la noche en el dormitorio de hombres, envuelta en su abrigo. Solo a mí, y no a mis hermanas, me había enseñado

a dar puñetazos y me había comprado un dulce. Sin olvidar el dinero del zapato, que intuí que también era un secreto. Me sentía honrada por él.

Justo entonces, sin embargo, me acordé de cuando mi madre había regañado a Bella y Rose por cuchichear en la mesa durante la comida.

–Dice mamá que los secretos están mal –le dije–. Dice que si no puedes contar algo a todo el mundo, lo más seguro es que no tengas que contarlo.

Papá frunció el ceño.

–Es verdad, *kindeleh* –dijo, midiendo sus palabras–, pero ¿verdad que a veces mamá también te dice que hay cosas que es mejor guardarse? ¿Que las niñas buenas tienen que quedarse calladas cuando se lo piden?

Me lo pensé y asentí lentamente. Qué ganas tenía de darle la razón y proteger mi sensación de ser muy valorada...

–Dice que no soy muy callada. Dice que mi boca solo servirá para traer desgracias.

Mi padre echó la cabeza hacia atrás y se rio.

–Bueno, ¿quedamos entonces en que conmigo, con tu papá, serás una niña muy buena? ¿Que harás un esfuerzo especial para guardar todos nuestros secretos?

Me apretó la mano. Yo ya me había acabado la chocolatina, lo cual en cierto modo me apenó, pero ah... ¡Cómo me llenaba de gozo ser su centro de atención!

Fuimos hacia el puerto, pasando por varios almacenes. Papá se detuvo bruscamente y lanzó una mirada penetrante al otro lado.

–¿Sabes qué es un pardillo, Malka?

No esperó a que contestase.

–A veces –siguió y soltó un suspiro– hay que pensar por uno mismo.

Al lado del muelle había una sala con corrientes de aire donde varios hombres clavaban cuadrados de papel, detrás de ventanillas con barrotes. Era mucho más grande que el centro de detención, pero casi igual de caótico. Una de las paredes estaba cubierta con fotos de barcos con banderas de distintos

colores. Papá miró el papel que tenía en la mano y me guio por una larga fila.

—Tengo que hacer algo importante —dijo—. No te alejes.

Esperamos. Y esperamos. Se me empezaba a dar muy bien esperar. Por aquel entonces «algo importante» era coto exclusivo de los varones adultos, y carecía del menor interés. Me puse a cantar en voz baja, mientras me imaginaba bailando el vals con un vestido brillante. Una vez agotada mi pequeña fantasía me inventé el juego de buscar dibujos en el suelo y tocarlos con las puntas de los pies. Al final, cuando casi habíamos llegado al principio de la cola, mi padre se puso de rodillas, con sus ojos grises a la altura exacta de los míos.

—Ahora necesito que me hagas un favor muy grande, *kindeleh*.

Empezó a desabrocharme con cuidado los botones del abrigo. Después me deslizó una mano por la manga, buscando a tientas el bolsillo secreto.

Solté un pequeño grito. Papá me sonrió intensamente.

—¿A qué viene ese ruido, *kindeleh*? —dijo en voz baja—. ¿No habíamos quedado en que te portarías bien?

Sonreía tanto que su cara parecía a punto de resquebrajarse.

—Es que mamá...

—No pasa nada. —Eché un vistazo al resto de la sala—. Mamá está enferma, ¿no? En cuarentena, ¿no? Pues yo tengo que cambiar nuestros billetes. Los de Sudáfrica ya no sirven. Y quiero que sea un secreto entre tú y yo. Una sorpresa. Para ayudar a que se mejore.

—¿Una sorpresa?

Papá asintió con gesto serio y me tomó la cara con firmeza entre sus manos, como si quisiera calmarme. Después me dio un beso muy brusco en la frente y siguió manoseando los botones de mi abrigo.

Mis labios empezaron a temblar.

—¡No, papá! —exclamé, retrocediendo un paso—. ¡No! ¡Para! ¡No quiero! ¡No me obligues!

Él me fulminó con la mirada.

—¡Más bajo, más bajo! —dijo, casi escupiendo, mientras su cara se ponía lívida—. ¡Escúchame, Malka!

Pero yo no podía remediarlo. Daba pisotones en el suelo, movía los brazos y lloraba, retorciéndome.

—¡No quiero pasarme cuarenta años en el desierto! ¡No quiero ir al final del mapa! —gimoteé—. ¡No quiero ir a África! ¡Quiero ir a América! ¡Quiero salir en el cinematógrafo!

Mi padre se quedó muy quieto, y hubo un momento en que estuve segura de que me pegaría como nunca me había pegado, pero no; me observó detenidamente con una especie de pasmo alborozado.

—¿Ah, no, *kindeleh*? —dijo—. Bueno. —Exhaló, levantó el brazo, me alborotó el pelo y se arrimó a mí—. Pues resulta —dijo— que es exactamente lo que vamos a hacer tú y yo.

Los nuevos billetes quemaron durante días como seis pequeñas brasas en el bolsillo secreto de mi abrigo. ¡Qué ganas tenía de decírselo a mamá! En cuanto ella y mis hermanas salieron de la cuarentena, fue una agonía. Cada noche me acostaba junto a mis hermanas imaginando lo contenta que estaría mamá cuando por fin embarcásemos, y papá y yo le anunciásemos que en realidad nos íbamos a América. Me estremecía de entusiasmo. ¡Sería como en Purim! Me sentía incapaz de estar callada, pero siempre que miraba a papá veía que me guiñaba un ojo y se ponía un dedo en los labios. Era su manera de avisarme de que la menor insinuación estropearía la sorpresa.

Así que seguí llevando todo el día mi abrigo gris, y también de noche, en la cama; pero si mis palabras no eran motivo de recelo, sí lo era mi silencio.

—¿Qué te pasa? Estás demasiado callada —me dijo una noche mamá, con el ceño fruncido, mientras me ponía en la frente el dorso de una mano—. No me digas que ahora te pondrás enferma. Lo que faltaba.

Cuando le preguntó a papá si no había que cambiar los viejos billetes a Ciudad del Cabo por otros en el primer vapor a África, él la informó de que ya lo había hecho por su cuenta,

y mamá, durante unos momentos de infarto, lo escrutó con la mirada.

—Ah —dijo, rígida—. ¿Y cuánto te ha costado? Porque seguro que habrás tenido que gastarte el resto del dinero...

La mirada de papá fue severa, dolida.

—¿Qué? ¿No te fías de tu marido ni para hacer un simple cambio? Vale lo mismo el pasaje en un barco que en otro, Tillie.

Insistió en que no se había gastado ni uno de los marcos restantes, aparte, por supuesto, de lo necesario para alimentarnos. Si no se lo creía, que lo comprobase ella misma, Dios mediante.

—Malka —me llamó, haciéndome señas—, por favor, quítate el abrigo y enséñale a mamá el dinero que nos queda.

Lo dijo con tanta naturalidad que hubo un momento en que me pregunté si se le habían olvidado los nuevos billetes. Mi corazón latía como un bombo. Sin embargo, antes de que hubiera podido desabrocharme el primer botón del abrigo mamá me hizo señas de que no era necesario.

—Vale, vale, me lo creo —dijo con voz cansada.

De todos modos no hacía falta que me preocupase. Mi madre era capaz de muchas cosas y de sobrevivir a otras tantas. Había tenido siete hijos, arrancados de sus entrañas sobre un colchón de arpillera bajo los espasmos de la llama de una lámpara de queroseno (dos de ellos nacieron sin vida), y la última, yo, había estado a punto de desangrarla. Era capaz de arar campos de patatas duros como puños todo el año, y casi siempre infructuosos. Era capaz de sobornar a quien fuese para salvar un año más del Ejército ruso a mi hermano Samuel, que después murió de la gripe. Era capaz de darme a luz tras el pogromo, algo que según mi padre era imposible. Ese pogromo en el que había visto cómo mataban a golpes a su padre, que se retorció en el suelo echando por la boca sangre y dientes como si fueran agua mientras le pegaban dos soldados con las culatas de sus rifles (y fuera, mientras tanto, la multitud incendiaba entre gritos de alegría nuestro pobre establo, y mamá, petrificada, se escondía con mis hermanos en el gallinero

de un vecino). Era capaz de ayudar a mi padre a falsificar documentos y de viajar toda la noche por los puestos de control escondida entre coles pasadas, sin destaparme ni un momento la boquita. Era capaz de echar miradas piadosas, coquetas o implorantes, a los funcionarios de la oficina de inmigración, que pagados de sí mismos bostezaban, hacían crujir los nudillos y se limpiaban las uñas con navajas mientras ella y un centenar de inmigrantes más se agolpaban hora tras hora en una fila suplicante. Y provista (¡al fin!) de todos los formularios, sellos, firmas y autorizaciones necesarias, era capaz de curarse ella sola una conjuntivitis y de curársela a mis tres hermanas, en una fría enfermería de una ciudad extranjera con personal escaso y que no daba abasto, y un clima de total indiferencia. Hasta era capaz de calcular sobre una bolsa de papel cuánto dinero nos habían timado los cambistas al darnos marcos alemanes a cambio de nuestros preciosos rublos y rands. Era capaz de muchas cosas, mi madre, y todas las hacía con valentía, pero no era capaz de ver la diferencia entre un billete de barco a Sudáfrica y otro a Estados Unidos. Porque, claro, mi madre no sabía leer.